

NUEVA-YORK

XV

El Parlor-Car.—El río Hudson.—Los suburbios de Nueva-York.—La gran estación del ferrocarril.—Entrada á Nueva-York.—Primeras impresiones.—Quinta avenida.—Plaza de Washington.—El hotel.—Primera excursion.—Brodway á prima noche.—De día.—El cochero y los carreteros.—“Columbia Opera House.”—Un entreacto.—La cantina.—A dormir.

FRUSTRADO el viaje por agua por falta de vapores, salimos de Albany en un *Parlor-Car*, con la mayor comodidad.—El *Parlor-Car*, ó Carro-salon, como suele llamarse, lo forman tres saloncitos que se unen ó separan por medio de sus elegantes puertas. En cada uno de los saloncitos hay ocho poltronas giratorias de terciopelo ó taflete, y durante el viaje, puede caminarse en aislamiento completo, en íntima comunicacion con las personas de su familia, con total desahogo.

A poco de partir el tren, ó mejor dicho, ántes de partir, ya admirábamos el extenso rio Hudson, con sus aguas azuladas y relucientes, rizando la superficie un viento apacible que levantaba vellones de blanca espuma.

Alegres vapores atravesaban el rio, sonando sus agudos pitos y haciendo temblar los aires con sus alaridos de marcha; botes y barquichuelos, grandes y pequeños, se deslizaban en todas direcciones, activando el trabajo; y pomposa la embarcacion antigua, llevaba con majestad hinchadas sus velas, y se cantoneaba como una ave acuática, alzando sus palos entre el humo de las chimeneas de los vapores.

A lo léjos, parecian espiarnos entre los árboles las mil casitas blancas con sus cercados y sus flores, sus animales domésticos y sus chimeneas y palomares invadiendo el espacio.

Extiéndese el terreno en uno y otro lado del rio, en séries de empinadas y deprimidas lomas que forman pequeñas colinas, hondos valles, laderas caprichosas cubiertas de verde aterciopelado, que con los claros que dejan los árboles al separarse, ó con las sombras que forman cuando se apiñan, hacen el lujo de los hermosos caprichos de la luz.

El suelo y el rio entran en lucha abierta con el ferrocarril, y entónces nos absorben las mil peripecias de la carrera del monstruo titánico que nos conduce. Invade por una y más veces el camino el rio, y el reptil gigante lo salva sobre pequeños ó levantados puentes; obstínase el rio, parece detenernos en su carrera: entónces, como una ancha faja, desenvuelve la madera sus durmientes, lecho de los rieles, y cruza la poblacion errante sobre las aguas, equilibrándose trémula y viéndose azotar las olas bajo el puente inseguro.

Esos muelles y puentes parecen á lo léjos una fila de arañas acuáticas que sumergen sus patas en el agua: es el cientopíes que pone el lomo para que corra sobre él el vapor.

Empéñase el camino, y cierran las montañas y las lomas el paso á los viajeros; entónces se verifica la horadacion de la montaña, ya ligera, ya dilatada y laboriosa. En el primer caso, es un rápido eclipse que todo lo borra, que hace desaparecer instantáneo el paisaje, al ruido agudo de la máquina que pasa como sobre un teclado; en el segundo, es la noche, es la tiniebla asaltándonos y obligándonos á una excursion en lo desconocido y terrible: una hundicion por el estremecimiento, el choque por algun derrumbamiento no podido observar, una desviacion del riel, un clavo flojo, todo nos puede sepultar en la nada. Oyense como estertor las voces humanas; la luz de los cerillos alumbra cavernosa.... blanquean al fin las paredes desiguales del túnel, y relinchando triunfal con su penacho de llamas, al ruido de sus pasos, al clamoreo de su campana, se baña el tren de luz y jadea satisfecho, como un gladiador que quedó vencedor en la lucha.

Y la lucha del rio es tenaz, sesga, abierta, toma la curva ó se precipita recta, se alza ó se deprime, y al combatirlo ó evitarlo el tren, lo observa desde la opuesta orilla el bosquecillo de sombras apacibles, el caserío opulento y la tupida arboleda, por donde chimeneas y almenas, minaretes, cúpulas y miradores caprichosos, lo van siguiendo, ya dispersos en la falda de la loma, ya apiñados en las alturas.

El rio cobra las proporciones de un mar; se convierten las lomas en altas montañas; barcos soberbios y botes humildes cruzan las aguas; las chimeneas de las fábricas levantan

tan plumeros de humo; tiemblan en los aires los tendones del telégrafo, proclamando la superioridad sublime de la mente; un escándalo, una explosión de formas y matices nos embargan y producen emociones de delicias.

Apénas han contemplado los ojos el castillo feudal rodeado de árboles, cuando nos arrebató la atención el sembrado curioso; vamos á detenernos en observarlo, y los pescadores nos distraen con sus tareas afanosas; queremos fijar el cuadro en nuestra imaginación, y nos arroja el sepulcro solitario al pié de la loma, á las orillas de las aguas que parecen cantar una balada eterna al eterno sueño del polvo humano.

El camino más y más poblado, los paisajes más y más hermosos, no nos hicieron reflexionar que estábamos en Pickskill, frente á su magnífico *restaurant* y junto á una opulenta fábrica de chimeneas.

Andando, andando, pareció como que el río se había perdido, y establos, maquinaria, madera amontonada y chozas humildes, nos cercaron.

Pero á poco, por entre las colinas, columbramos la reverberación de las aguas que corrian caracoleando en la orilla, entre isletas cubiertas de árboles que se ven en su espejo, produciendo esas vistas inversas en que las copas de los árboles como que cuelgan y están mirando de cabeza la profundidad del vacío.

Pasó el tren bajo los arcos gigantes de un puente cruzado por multitud de coches y carros, que parecían atravesar los aires, y al fin como vencedor, á su vez, empujando en semicírculo inmenso montañas gigantes, apareció el río, anunciando la inmensidad del mar.

El tren, como evitando la continuación de la terrible lu-

cha, se refugió en los brazos de la ciudad, que le esperaba amorosa como para compensar con caricias y agasajos sus fatigas.

En el curso rápido que seguíamos, por las ventanillas del carruaje, como por los vidrios de un estereoscopio, íbamos distinguiendo cercas y hortalizas, casas de campo con su pórtico, sus amplios corredores de madera, sus canastillos de flores suspendidos en alambres sobre las puertas, y sus cortinajes en el interior de las habitaciones; y estos augurios de lujo y de cultura, son entre las peñas, sobre las rocas, aprovechando los más leves recursos del terreno, casas opulentas que dan al viento veletas y banderas, y casucas sucias y oscuras, ostentando en tendidos cordeles calzonzillos abiertos de piernas, camisas boca abajo y enaguas humildes, columpiándose con insolente desfachatez, como secciones del cuerpo humano en vacaciones.

Y en los claros que deja la roca, y en las latas que forman las cercas, y en los tablones, que no paredes de la casa, y en el suelo y en todas partes se ve, abriendo tanta boca, el aviso, que es en este país la langosta, el mosquito, el acreedor, el pariente pobre del infeliz viandante, tras una mata *Sozodout*: en un palo *Vinegar*, en una lata *Bitters*, una camisa pintada, un chino, una fila de galgos interminable, una tempestad de motes de negros que fuman, de túrcos que gruñen, de suertistas, adivinos, funámbulos, sonámbulos y.... la mar....

A poco de entrar en la ciudad, y cuando desaparece su iniciativa de aldea, la calle se hunde como haciendo una plancha gimnástica, entre dos barandales que la sostienen.

Corre el tren, y hay una sucesión rapidísima de fajas de

luz y de sombra, que producen la alucinacion. Pide uno la explicacion del fenómeno, y es producido porque una calle se hundió en medio de las aceras de la que estaba construida, y quedaron las casas como filas de tropa á los lados de un canal. Entónces se avanzaron los tránsitos de las calles transversales y se convirtieron en puentes, que suspendidos sobre la hundicion, producen aquellos efectos de luz.

Pero la locomotora se envuelve en perfecta tiniebla, y es porque el túnel la lleva dentro de su pecho; de vez en cuando la luz como que respira, saliendo á flor de tierra, y deja ver círculos luminosos.

Es que la calle, sobre el cielo de la bóveda del túnel, ha cobrado su continuidad, y en ella florece, entre los enverjados de fierro, un jardin pintoresco, figurando los respiraderos cestos de flores, en que se entretejen las enredaderas y cuelgan sus campánulas con simétrica compostura.

Y cuando todo esto se explica; cuando la poblacion subterránea siente el estremecimiento de la poblacion que corre en la superficie, se busca involuntariamente en el suelo otra superposicion de séres que tambien vayan de viaje por regiones desconocidas.

Al dejar la locomotora su manto de sombras y aparecer en el tumulto de la estacion, se nos figura que un mundo de séres invisibles nos ha venido acompañando y han cobrado con la luz, en insurreccion de vida, las formas humanas.

Estábamos en la inmensa estacion: los trenes quedaban como un caballo jadeando, que se para al finalizar su carrera; otros trenes estaban descargando bajo la bóveda inmensa de fierro y cristales de la estacion.

De las escaleras de los trenes descendian raudales de viajeros, extendiéndose y corriendo en varias direcciones, como las olas de detenidas aguas cuando el dique se rompe en partes diferentes.

El viajero expedito, con su saco en la mano, cayendo y perdiéndose en la multitud; la familia formando plaza con maletas y gorros, paraguas y bastones, el botiquin de los señores grandes, la maceta y la jaula del canario.

Centenares de agentes de hoteles, carreros y cocheros, esperan en la puerta á las familias.

La familia española es la característica: las libertades de los nenes, el orgulloso continente de las damas, lo ladino de las criadas y la suficiencia del señor que tiene muchos pesos, todo cae por tierra; ellos imponen su idioma, recurren á las señas, buscan entre aquel tumulto un intérprete. Si hay un hábil en el círculo, ese es la víctima.—¿Qué es lo que dice?—Recomiéndele vd. mi perico.—Dígale que ese es mucho dinero ganado por mi marido con su sudor y su trabajo.—El yankee urge, el intérprete dice lo que se le antoja.—Las viejas claman: "Ordinariote, salvaje," y los señoritos infatuados traducen á su modo el *all right*, el *go ahead* y las palabras no muy cultas de la gente de látigo.

Teniamos decidido parar en el *Hotel de San Julian* (Sn. Julien Hotel): entramos en un ómnibus, dimos las señas, y adelante.

Ibamos viendo altísimas casas de opulencia suma, anchas banquetas como para contener diez personas en fila marchando con desahogo, diáfanas paredes de cristales, porque así puede llamarse á la sucesion no interrumpida de aparadores, y el tumulto de sombreros y sombrillas, castañas y gor-

ros en las banquetas, y de ómnibus, coches, *buggies*, diligencias y wagones en el medio de la calle.

La gente me parecía que iba como á una gran festividad, tanto así me deslumbró el lujo. Uno de los amigos que nos acompañaba nos decía :

“Esta es la famosa quinta avenida : la piedra de que están fabricadas esas casas es la de moda, *Brown Stone* (piedra morena).

“Las ventanas que sacan el ojo al ras de la banqueta son de los comedores ; esos que remedan balcones son de las grandes salas de alfombras turcas, de candelabros gigantes, de ensueños de porcelana y cristal, de oro y de sedas.

“¡Qué escaleras ! qué pórticos y qué profusion de magnificencia ! Ese es el Hotel Everett, uno de los más opulentos : se puede calcular el precio por persona en diez pesos ; pero es soberbio, y aun los hay mejores Fijese vd. en esa estatua ecuestre : es la célebre estatua de Washington, con su sombrero en la mano ; parece derramada el alma del héroe en la felicidad de su pueblo.”

¡ Hermosa plaza ! los niños corren con sus aros y las nodrizas empujan las carretelitas de los bebés.—Ya sabrán vdes. la historia de aquella mano.—Parece brotar de aquella fuente polvo de cristal

Instalados en el hotel, y descansando con los ojos cerrados en mi cuarto, me parecía el recuerdo de un delirio la memoria de mis primeras impresiones.

Dormía, en la más prosaica acepción de la palabra, cuando de tropel entraron á mi cuarto unos chicos de buen humor y me arrebataron en medio del ruido tumultuoso, entre miles de carruajes que hacen peligroso el tránsito, á que

viese un teatrillo de segundo orden, frecuentado por gente alegre.

Sabían mi propósito de verlo todo para todo contarlo, de escabullirme en encrucijadas y vericuetos, en régios salones y en *meetings* tempestuosos, de llevar mi daguerreotipo frente á la Aspacia y á la Lucrecia, lo mismo reproduciendo el palacio espléndido, mansion del opulento, que la oscura buhardilla, antro de la miseria.

Era de noche : la parte alta de la ciudad, con pocas excepciones, se percibía oscura y desierta ; era una masa negra y maciza, como un muro inmenso ; pero ese muro se rompía de trecho en trecho, en claros de luz deslumbradora, como una compuerta que por sus grietas dejase salir las aguas.

Sobre el muro se iba alargando el horizonte sembrado de estrellas, ó se rompía expansiéndose en bocacalles y plazas.

El aspecto de la calle de Brodway (calle ancha), en que me encontraba, era deslumbrador : veíanse en alto bombillas de cristal, reverberando con la luz del gas y formando esplendorosa faja sobre las banquetas amplísimas, trazando en la sombra un carril que se prolongaba por más de dos leguas : sobre aquella faja estallaban los globos de cristal apagado, de gigantescos candelabros, arcos con globos también suspendidos á la entrada de cantinas y fondas, y surgían en promontorios y cascadas, grandes luces escarlatas, azules y rojas, reverberos de ráfajas de fuego, con todos los matices y todos los tintes de la luz, en aquel inmenso festín de perspectivas y primores.

Son como dos raudales de rayos de sol que chocan y se desbaratan en estrellas, en rieles de oro, en cascadas de esmeraldas, en rocas de ópalo y rubí.